

FRAGMENTOS DE "SANTIAGO-PARÍS. EL VUELO DE LA MEMORIA"

Fuente: Primera Línea

Jueves, 24 de Octubre de 2002

*Los títulos son de esta redacción

Abstract

In Chile, the political situation worsened more and more, the spacing of the MIR of the circle of Allende, the debates and the tensions in the left. With Salvador Allende we had a moral identification, almost familiar bows of friendship. We shared he himself combat against the right and the United States. Were, we miristas them, with him and elsewhere at the same time. Salvador Allende died to two of afternoon. They spent some hours of his solitary death in the Currency until the moment that arrived the news to us. The news of our solitude

Resumen

En Chile, la situación política se agravaba cada vez más, el distanciamiento del MIR del círculo de Allende, los debates y las tensiones en la izquierda. Con Salvador Allende teníamos una identificación moral, lazos de amistad casi familiares. Compartíamos el mismo combate contra la derecha y los Estados Unidos. Estábamos, nosotros los miristas, con él y en otra parte al mismo tiempo. Salvador Allende murió a las dos de la tarde. Pasaron algunas horas de su muerte solitaria en La Moneda hasta el momento que nos llegó la noticia. La noticia de nuestra soledad



Allende y la Democracia Cristiana

"Entre pláticas y pláticas Allende decide, pese a todo, conquistar a la democracia Cristiana. Una mañana recibe Fernando una llamado telefónico del Presidente Allende en que éste le ofrece el Ministerio de vivienda. "Usted es un excelente arquitecto y sabrá desempeñarse muy bien -le dice el mandatario. "Ahora no se trata de eso -le responde Fernando- sino salvar a la democracia, y para eso debo obtener la anuencia del partido. Creo, además, que usted debe ofrecer dos ministerios".

Ante este viraje político, la directiva de la DC se reúne y por una estrecha mayoría niega su aprobación, considerando que, por lo menos, Allende debiera haber ido personalmente a rogarle al partido que acuda en auxilio de una democracia a punto de desintegrarse. Según han comprobado los historiadores, Altamirano, secretario general del Partido Socialista, se opuso categóricamente a ese gesto.

Esta alianza -propugnada, desde los inicios de ese gobierno, por los comunista y una parte de la DC- que habría facilitado el proceso de cambio de la Unidad Popular se expresa oficialmente demasiado tarde.

Este último intento de diálogo con sectores democráticos fracasa.

Ante la eminencia del derrumbe de la Unidad Popular, Salvador Allende -según expresaron sus asesores más cercanos- decide convocar a un plebiscito en el cual la ciudadanía opte por su permanencia o su alejamiento del gobierno. Nunca sabremos si esta determinación habría logrado superar la crisis o solamente prolongar su agonía.



Es muy posible que esta decisión de Allende se filtrara a sus opositores, pues se adelanta la fecha del golpe”

Allende y el distanciamiento del MIR

"En Chile, la situación política se agravaba cada vez más, el distanciamiento del MIR del círculo de Allende, los debates y las tensiones en la izquierda. Yo llevaba una doble vida agotadora, presa entre dos lealtades que a veces llegaban a ser contradictorias. Un día en 1972, Allende me pidió mi renuncia: le habían traído las fotocopias del Manual de Guerrilla Urbana de los Tupamaros que había hecho en la fotocopiadora del Ministerio de Relaciones Exteriores y eso ya sobrepasaba la medida. Con humor y ternura, el Presidente me devolvió a la serenidad de los pasillos de la Universidad, a la clandestinidad de las reuniones de las células del MIR, y a Miguel...

Con Salvador Allende teníamos una identificación moral, lazos de amistad casi familiares. Compartíamos el mismo combate contra la derecha y los Estados Unidos. Estábamos, nosotros los miristas, con él y en otra parte al mismo tiempo. El MIR se había encargado durante un año de la seguridad personal del Presidente. Después, Miguel continuó reuniéndose con él regularmente, discutiendo todos los asuntos que nos eran comunes.

Desde el inicio de nuestro encuentro vivía con Miguel, al menos en la medida en que lo permitían nuestras vidas muy traqueteadas. Vivíamos una historia privada al ritmo de la Gran Historia que habitábamos plenamente, comprometidos cuerpo y alma en su futuro. La búsqueda de la felicidad no era asunto nuestro. Presentíamos que se trataba de arriesgarse a vivir sin eludir nada, para existir. El sufrimiento estuvo ahí, interminable para Miguel desde la muerte de Alejandra, la madre de su hija Javiera. A mí

me tocó enfrentarme a la desaparición de Javier, mi hermano, el preferido, él único cómplice de mi historia clandestina."

Hija

A ti, Mónica, te mantenía a distancia de mi intimidad. No quería tu mirada. Pero poco a poco te descubrí: una mujer libre, adelantada a su generación. Empecé a ver a una artista, autora de teatro, profesora de literatura, una mujer tajante y extrema. Es verdad, embellecías la realidad, pero tu manera de develar las apariencias, de burlarte de las conversaciones me encantaba. En esos años nació nuestra complicidad, sin que por eso se agotara mi exasperación.

Salvador Allende, su muerte, la democracia y el MIR

"Salvador Allende murió a las dos de la tarde. Pasaron algunas horas de su muerte solitaria en La Moneda hasta el momento que nos llegó la noticia. La noticia de nuestra soledad. Un poco antes, la Tati había transmitido el mensaje que le mandó a Miguel Enríquez: "Miguel, ahora te toca a ti". Conociendo a Miguel, eso quería decir: "Comienza la lucha armada". Así era Allende. Por fin dio la orden de distribuir las armas que se encontraban en su residencia de Tomás Moro. Pero ya era tarde. No escapó como pudo haberlo hecho. Murió con las armas en la mano, en su ley, por el honor. Sabía que moriría así. Pero no llamó al pueblo a la insurrección, aunque quería a Fidel, al Che y a los guerrilleros, aunque durante mucho tiempo los había ayudado en tareas de apoyo. Hasta el final respetó la legalidad democrática. ¿Quizás no quiso asumir la responsabilidad de una masacre? Sus últimas palabras públicas fueron: "El ejército ha traicionado". No había traicionado: era su papel y lo cumplió. Mientras que Miguel tenía un

solo rostro, Allende tenía dos, a imagen de las contradicciones de Chile. El mismo se había convertido en esas contradicciones."

El poder judicial y su "cabeza gacha"

En vez de la democracia caótica, pero sin duda con excesiva libertad que nos regía hasta hace unos días, ahora padecemos el Estado de Guerra, el toque de queda, censura total de la prensa, restricción a toda reunión de más de cinco personas y ni siquiera los detenidos con derecho al "habeas corpus". El Poder Legislativo está clausurado y el Judicial, eminentemente derechista, de cabeza gacha, aceptando todo.

Matan a Miquel Enriquez y Carmen, embarazada, sobrevive

Escuchar, de a poco, esa historia sobrecoge: Miguel y ella habían decidido cambiarse de casa ese día. Ella salió en busca de la nueva con un fajo de billetes. Pagaban así, para no dejar rastros. Regresaba, cerca de las cuatro, satisfecha: podrían trasladarse esa misma tarde.

Mientras tanto, Miguel y sus dos compañeros, Humberto Sotomayor y José Bordaz (el Coño), esperaban ansiosos. Varios autos, los mismos, habían pasado lentamente frente a la casa. "Debemos partir inmediatamente -sugerían los compañeros- es peligroso quedarnos por más tiempo". "Esperemos un poco más -exigía Miguel-, Carmen, o más bien Ximena, como era su nombre de combatiente, no tardará en llegar".

A las cinco divisaron su silueta delgada con su vientre de embarazada. En cuanto entró juntaron bolsas y se prepararon para saltar el muro trasero del patio. En ese mismo instante tres autos se detuvieron y algunos hombres agazapados y pegados al muro avanzaron.

Miguel dio la orden de defenderse y disparar y entre los visillos de la ventana entreabierta salió una ráfaga que detuvo al enemigo. Segundos después, la balacera de uno y otro lado rompía los vidrios, hacía saltar las puertas. Un helicóptero sobrevoló el lugar. "Están pidiendo refuerzos. No podremos hacerles frentes por mucho tiempo más, debemos retirarnos. ¿Llevan las bolsas con las armas? ¡Vamos!" -grita Miguel. Sotomayor y el Coño adelante, tras ellos, Carmen y Miguel. Saltan el muro los dos primeros, le toca el turno a Carmen. Explota una granada que le hace pedazos el brazo a ella y roza la cara de Miguel que sangra. Carmen se desploma, la sangre salta a chorros de esa vena rota. Miguel la toma en brazos, atraviesa el patio, la deposita debajo de un mueble en la sala, mientras continúa la balacera. Al tratar, por fin, de saltar esa pandereta que lo comunica con la libertad, es alcanzado por las balas. Antes de caer dispara y grita: "Asesinos de mierda, dejen de disparar que hay una mujer embarazada". Fueron sus últimas palabras antes de caer muerto. La balacera continúa unos segundos más y enseguida el pelotón de militares entra a la casa. Tropicizan con el cuerpo de una mujer, la arrastran al medio del cuarto, uno de los soldados la levanta en vilo, otro le golpea el rostro con la metralleta rompiéndoles los dientes y la deja caer como un bulto inservible. Todos se dirigen al patio interior. Al darse cuenta que el cuerpo abatido es el de Miguel Enríquez, el terrorista más buscado, la euforia no tiene límites. Abrazos, vivas.

Mientras tanto, los vecinos y curiosos que rodean la casa aprovechan para entrar y llamar una ambulancia para trasladar a la herida. Ese gesto espontáneo de un vecino cualquiera es lo que le salvará la vida a mi hija, aunque los pequeños milagros se sucedieron uno tras otro dentro del salvajismo y horror con que actuaron los militares. La ambulancia del hospital cercano, el Barros Luco, no alcanzó a ser detenida por el operativo militar y, a su llegada, Carmen recobra cierta conciencia y da el número telefónico de su tío Jaime a una enfermera a cargo de la camilla. Dentro del hospital sólo pudieron hacerle una transfusión de sangre

antes de que los aparatos de seguridad se la llevaran a su hospital, el de los militares. Pero ya se sabía que estaba viva. Esa fue la primera noticia que recibimos en Cambridge.

Lo que pasó dentro del hospital tardó mucho tiempo en conocerse. Carmen agonizaba. Dentro del pabellón varios médicos discutían, los rodeaban una decena de soldados con metralletas apuntándolos: "Debemos cortarle el brazo, pues ha perdido toda movilidad y está frío; -indicó un cirujano. "Yo conozco a un médico que podría salvarlo- replicó otro. El hecho es que primó el interés científico entre esos médicos bajo las órdenes militares. Mandaron a buscar a ese cirujano experto que cumplía su turno en el Hospital Salvador. Por él supimos, varios años después, lo sucedido.

Carmen, abrumada por el dolor físico y un dolor todavía mayor que hasta hoy no se le desprende: la muerte de Miguel. Esa muerte que podría no haberse producido si Miguel no espera su llegada, si Miguel no pierde tiempo en llevarla en brazos a la casa, si Miguel... Ella apenas recuerda a Contreras, Marchenko, el Guatón Romo, Fernández Larios, los siniestros esbirros de Pinochet, cuando la interrogan y amenazan, y en cambio se le quedó pegada la mirada tierna y cierta mano que rozó apenas la suya, pero le transmitió ternura, solidaridad, valor. Una de ellas era la de ese médico desconocido, la otra la del enfermero de turno que curaba sus heridas.

Yo pienso que el sentido de culpa que la agobia es absurdo. Miguel esa tarde olvidó las reglas del guerrillero, es cierto, y se dejó llevar por el amor. Pero si no hubiese caído ese día, habría sido otro. La revolución cobra sus víctimas, y Miguel, como Allende, eran parte de los innumerables héroes que hacen grandes a las utopías. Pienso, también, que mi hija está viva por milagro y que la crueldad y el amor humano se manifiestan, a veces en los momentos y lugares más inesperados.

La deuda de la democracia

Todos aquellos que nos ayudaron durante esos doce meses de resistencia, a deslizarnos en la sombra, a vivir. Desconocidos, amigos de Mónica, relaciones mías, no han recibido todavía reconocimiento alguno del Chile democrático. La deuda permanece entera.

La muerte de Miguel Angel, el hijo de Carmen y Miguel

La convalecencia de Carmen se alarga. Cuando la trasladamos, desde el hospital de Cambridge a casa, una enfermera viene diariamente a curarla y, poco a poco y con gran esfuerzo, se va acostumbrando a batirse con un solo brazo. Llega la Titi desde Cuba a reconfortarla. Mientras tanto, personas de diferentes países vienen, una tras otra, para expresar su solidaridad y admiración por la víctima. En general estos ilustres visitantes: Gabriel García Márquez, Roberto Matta, Regis Debray, Elizabeth Burgos y tantos otros, que repletan la casa, duermen en sillones o en el suelo. Eso no tiene importancia. Lo esencial es tocar, mimar, conseguir que la víctima -convertida bruscamente en heroína- le otorgue una sonrisa a ellos, los grandes y utópicos intelectuales, que necesitan alimentar sus sueños revolucionarios con símbolos carnales. Ahora acaba de surgir uno y se trata de una mujer, joven, embarazada, herida, la Virgen María a la que se rinde homenaje. A mí apenas me dirigen la palabra. También aparecen los Reyes Magos y los regalos -cada día más numerosos- para el futuro niño, el redentor, el que llevará la sangre de Miguel, el héroe muerto.

Llega la fecha del alumbramiento. Todo se desarrolla normalmente. Una matrona argentina, que habla con ella en su mismo idioma, ayudándola a parir. La sala de espera repleta de amigos. Nace la guagua, es hombre, su peso normal, de hermosas facciones. La

separan de la madre por unas horas para hacerle todos los exámenes de rigor. Estamos felices y muchos ramos de flores, hasta uno de Fidel Castro, acompañan a la madre esa primera noche. Sólo me preocupan unas palabras de la matrona: "el recién nacido apenas lloró". Al día siguiente el drama: "the baby is floppy and he doesn't suck" -me indica la pediatra. Se lo llevan a la Carmencita, lo tiene unos minutos en sus brazos y se pone a sollozar desconsoladamente: "el niño es anormal -me grita, llévenselo, llévenselo". No puedo convencerme, no quiero creer que es cierto, rechazo palabras y abrazos de consuelo. ¡Cómo celebrarán los asesinos de Miguel el que su hijo sea discapacitado! ¡La posible mala yerba debe ser exterminada! ¡Más vale acabar no sólo con los extremistas, sino también con sus descendientes! Mi desconsuelo sólo se calma cuando me invaden esos arrebatos de ira contra los que considero culpables. Cuando Carmen yacía abatida por esa granada lanzada por ellos, sin sangre, respirando apenas, agónica, ¿tomaron la más mínima preocupación por el niño que llevaba en su vientre? Sin embargo, debo aparentar fortaleza, pues la realmente lacerada no soy yo, sino ella. Ella, que se ha aferrado para sobreponerse de la muerte de su gran amor, a ese hijo que es una continuación de él.

La viuda heroica y es asco

Al día siguiente tomamos el tren de regreso a París. Nos separamos, mi madre y yo. Ella siguió viaje hacia Londres y yo me convertí en una "vagabunda". De estaciones en aeropuerto, nunca paraba, una ciudad tras otra, mitines, conferencias de prensa, reuniones. Una agenda cargada. El personaje de la viuda heroica era solicitado. Obediente, me presté para jugar ese rol. El asco crecía. Vuelvo a leer mi cuaderno de entonces. Berlín, febrero de 1976, no veo nada, nada. Siempre idénticos: el programa de trabajo, los lugares llenos de humo, los departamentos desnudos, tan fríos. Aeropuerto, un compañero me espera. Me lleva a un local sombrío, el comité de solidaridad con la lucha del pueblo chileno, reunidos en plenario, me espera. Rostros graves, miradas duras, así lo siento, fijos en mí,

percibiendo la falla, menéandose complacidos en la pus, piel purulenta, la mía. Pánico. Sé que descifran la impostura, de hecho no sé qué decirles, cómo encontrar las palabras de la línea política de la resistencia a la dictadura, ya se me olvidó la lección, la consigna de hoy: "una combinación de formas de lucha", sí, no sólo la lucha armada, descartar el terrorismo, acumulación de fuerzas. Imposible, las palabras se me escapan, no entiendo el sentido que tienen, sigo tropezándome, tartamudeando, confundiendo todo.

Después del mitin, una sala enfebrecida, bandera negra y roja, ¡Hasta siempre, Comandante! ¡Patria o Muerte, Venceremos! ¡El pueblo armado jamás será aplastado!... y el nombre de Miguel Enríquez coreado por todos. Para la extrema izquierda europea, el compromiso político se vive en la solidaridad con el MIR, con Chile. Me siento todavía peor, leo el discurso escrito por Pablo, inteligente y abstracto, con una voz aplicada, monocorde. Los decepcioné, lo sé. Me iré al alba para volver a París donde me quedará dos días, y otra vez tomaré un tren para llegar a otra estación, mi cuerpo se infla, la capa azul marina, regalo de la Tati, se desgasta, el pelo crece, me cubre la cara.

Y así fue durante dos años. La máquina funcionaba cada vez peor. Oxidada, mi cabeza se vaciaba, aprendía de memoria frases vacías. Mario, Eder Sader, mi único amigo en el MIR, era brasileño. Se empeñaba con paciencia en hacerme comprender el mundo y la política. Sus análisis me atravesaban sin dejar nada a su paso. Mi incompetencia se volvía obscena.



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE OPINIÓN

ceo@carios.udea.edu.co

<http://ceo.udea.edu.co>

Ciudad Universitaria Bloque 9-252 Telefax: 2105775